

DESCUBRIR

Primera Guerra Mundial. La noche del veinticuatro de diciembre, escoceses, franceses y alemanes pactan un alto el fuego movidos por el espíritu navideño y los villancicos que surgen de entre las trincheras. Los tres bandos celebran la misa de campaña más emotiva de sus vidas, comparten lo mejor que tienen: sus sentimientos.

A la mañana siguiente, a la orden de ataque nadie es capaz de disparar a quien hasta hace poco era su enemigo. Los mandos se enteran y deciden un reemplazo de tropas. Era 1914.

Esta historia de película, rodada por Joyeux Noël en el año 2005, narra un hecho real, uno de tantos ejemplos que pueblan la historia pasada y presente y que a veces no somos capaces de reconocer. Uno de tantos modelos donde la esencia de las personas aflora, misteriosamente, en defensa del principio de todos los principios: la vida.

Hay muchas vidas repartidas en este grano de arena en el que nos hallamos, las hay repletas de sonrisas, abrazos, caricias y *tequeros*. Las hay que disfrutan de cada aroma, de cada paisaje, de cada silencio. Además, no miran el reloj cuando están contigo, no buscan el halago porque sí ni el premio para engordar su ego, no se envuelven en papel celofán ni se compran en grandes almacenes. Vidas para los demás.

Y están ahí, nos rozan, se muestran, respiran a nuestro lado, nunca se disfrazan porque quieren hacerse visibles, viajan a nuestro lado para enseñar que otra forma de ser es posible igual que otro compromiso humano es necesario.

No estamos aquí para desperdiciar lo mejor que tenemos. El yoísmo es una enfermedad que nos afecta más de lo que creemos, no es fácil escapar de la ruleta donde todo se vende con luces parpadeantes, todo es artificial, todo se compra se consume se gasta y se vuelve a comprar... y no nos referimos exclusivamente a cuestiones materiales. Usamos la Visa tratando de alquilar la risa, el tiempo, la amistad, el reconocimiento... dinero malgastado porque lo que es incomprable no se rige por la ley de la oferta y la demanda.

En estas fechas donde los corazones aumentan su ritmo cardiaco, se apodera de nosotros una sensación extraña, mezcla de imágenes que no somos capaces de secuenciar, un puzle siempre incompleto. Muchas de esas piezas que no encajamos la forman Los Nadie, los dueños de nada como dice Galeano, aparecen para recordarnos que están ahí porque, quizás, y movidos por tantas urgencias sin importancia, nos olvidamos el resto del año que tienen nombre. Esas vidas anónimas tampoco se pueden comprar con limosnas y caras de pena. Están ahí todo el año, lejos o cerca de la puerta de casa, nos esperan, hablan alto para que les oigamos, son la muestra de que la cruz de la moneda no entiende de lógica y que cualquiera puede ser un desconocido, independientemente del hemisferio en el que transite.

Un pesebre, una cabalgata, pobreza, oro, enfermedad, mirra, San José, Melchor, hambre, soledad, Baltasar, guerras, angustia, el niño Jesús,... Descubrir.■